

Históricas Digital

“Soñando, haciendo poesía y profetizando”

p. 132-136

Martín Quirarte

Carlos Pereyra. Caballero Andante de la Historia

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia

1952

214 p.

(Publicaciones del Instituto de Historia, 29)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 de abril de 2021

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/026/Carlos_Pereyra.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



SOÑANDO, HACIENDO POESIA Y PROFETIZANDO

Volviendo los ojos hacia el pasado, D. José Enrique Rodó había dicho refiriéndose al ideal de Bolívar:

*“La realidad inmediata negóse a acoger su sueño: mil fuerzas de separación que obraban en el roto imperio colonial, desde la inmensidad de las distancias físicas, sin medios regulares de comunicación, hasta las rivalidades y las desconfianzas de pueblo a pueblo, ya fundadas en una relativa oposición de intereses, ya en el mantenimiento de prepotencias personales, volvían prematuro y utópico el gran pensamiento, que aun hoy se dilata más allá del horizonte visible”.*¹¹⁴

Por su parte, este notable hispanoamericano resumía en el libro “Ariel”, su pensamiento sobre América. Unificación hispanoamericana, admirar a los Estados Unidos pero no amarlos nunca; que la moral y la vida de nuestros pueblos, hagan el sincretismo del alma griega con el sentimiento cristiano: este es en esencia el mensaje de Rodó.

Hacia esa misma época, aparecían en el escenario americano dos figuras excelsas: Rubén Darío y José Martí.

Rodó miró a Darío desplegar los primeros vuelos líricos, y negó al poeta, la categoría de figura representativa de Amé-

¹¹⁴ José Enrique Rodó, Hombres de América, pág. 101.



SOÑANDO, HACIENDO POESÍA Y PROFETIZANDO

rica. Viendo sólo al escritor nicaragüense en su primera época, el juicio de Rodó no es un desacierto. En efecto Darío había expresado:

“¿Hay en mi sangre alguna gota de sangre de Africa, o de indio chorotega o nograndano? Pudiera ser, a despecho de mis manos de marqués; mas he aquí que veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos o imposibles; ¡qué queréis!, yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer; y a un presidente de la República no podré saludarle en el idioma en que te cantaré a ti, ¡oh Halagaball!, de cuya corte, —oro, seda, mármol— me acuerdo en sueños”...

“Si hay poesía en nuestra América, ella está en las cosas viejas: en Palenque y Uxatán, en el indio legendario, y el inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro. Lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman”.

Pero el austero republicano que se llamó Justo Sierra, y que había entregado toda su vida al servicio de una noble tarea social; él como Sarmiento hiciera de la política un puente para realizar la educación de un pueblo, prologó una de las ediciones de este libro del vate nicaragüense. Abrió sus brazos de amigo al inmenso poeta, lo defendió ante los que le hacían ataques por sus innovaciones, reconoció en él a un hombre que se creaba su propio instrumental lírico. Había visto todo lo que había de arte, de genialidad y de grandeza, en el espíritu de Darío; al prologarle su libro *“Prosas Profanas”*, supo dirigirle un llamado tan hermoso como sublime:

“Vos no queréis ser de nadie; las únicas palabras de prosa que he encontrado en Prosas Profanas son un “Alzo el puente y me encierro en mi torre de marfil”, que aprietan el corazón. Volved a la humanidad, volved al pueblo, vuestro padre, a pesar de vuestras manos de marqués, a América, nuestra madre a pesar de vuestra carta de naturalización en la república de Aspacía y de Pericles. Los poetas deben servirse de su lira



HISPANISMO E IBEROAMERICANISMO

*para civilizar, para dominar monstruos, para llevarnos en pos suya hasta la cima de la montaña santa en que se adora el Ideal”.*¹¹⁵

Acaso Darío, inspirado por Sierra, pero también conmovido por el destino trágico de su país, brincó a la escena política con la lira en la mano, para lanzar sus rayos fulminantes contra Teodoro Roosevelt. El hombre de las manos de marqués volvía a la humanidad, volvía al pueblo, clavaba su garra creadora en las cosas americanas.

Después que pasó el oleaje de la amenaza yanqui, el nicaragüense ya tenía clavados los pies en el suelo que pisaba. Menos americano que Walt Whitman, acaso porque su alma un tanto aristocrática, le impedía tener la misma intensidad de fuerza telúrica que encadenó al Nuevo Mundo al cantor de “*Hojas de Hierba*”, Darío es después de Martí el hispanoamericano de mirada más certera para capturar el fenómeno continental.

A diferencia de Rodó, pero al igual que Sierra y Bulnes, Darío acabaría por descartar de su ideario el odio a los Estados Unidos.

Martí en cambio siguió siempre una trayectoria congruente. Desde que fué pensador de significación hasta su muerte, su ideario en lo esencial permaneció inmutable. Don Mauricio Magdaleno ha resumido y comentado en unas cuantas líneas el pensamiento americanista del apóstol cubano:

“Si, los Estados Unidos son grandes. Tierra que parió a Lincoln y a Brown y a Whitman, es tierra en cuyo hondón prodúcense prodigios. Mas ello no es todo. Civilización que no se consume en equidad y antes abre abismos entre los hombres y crea el menosprecio del decoro y erige culto enfermo a la riqueza material, es civilización coja y por lo mismo conde-

¹¹⁵ Justo Sierra, *Prosas*, 60.



SOÑANDO, HACIENDO POESIA Y PROFETIZANDO.

nada a fracasar a la postre. El pueblo más grande —decía Martí— no es aquel en que una riqueza desigual y desenfrenada produce hombres crudos y sórdidos y mujeres venales y egoístas; pueblo grande, cualquiera que sea su tamaño, es aquél que da hombres generosos y mujeres puras. La prueba de cada civilización humana está en la especie de hombre y mujer que en ella se produce”. Sin una rápida vuelta de timón, los Estados Unidos serían muy pronto, ergástulo infernal. Su ojo visionario veía llegar ese día. Cincuenta años hacía, Tomás Paine había exclamado:

“En nuestras manos está volver a empezar el mundo. Desde los tiempos de Noé no ha habido una situación como la actual. Se acerca el nacimiento de un mundo nuevo”.

¿Era éste del Becerro de Oro el mundo que anunció el religioso Paine? No, Martí sabía que no. Aquella oleada de grosero materialismo estaba dejando ver a las claras que el concepto de la existencia del sajón era estrecho y parcial y requería, para volver a crear en verdad el mundo, del aliento generoso del Sur. Mitre hijo le contestó, a seguido, calificando de hostil y demasiado latina su apreciación. “Yo he vivido en las entrañas del monstruo y por eso me sobresalto!” pudo gritar, con razón Martí, con el corazón quemándosele del presagio de aquella crrolladora fuerza material, cuya amenaza sobre su Mediodía era ya inminente. Dentro de su misma batalla contra España victimaria de su Cuba, había colegido, el primero, también, este temblor de alas del águila que revolotea sobre su presa y prepara las garras:

“Cuanto español siga creyendo que nos desprendemos de su dominio por un azar de la fuerza, sigue siendo enemigo; cuantos sean capaces de comprender la necesidad de un proceso fatal en lo político como en lo biológico, amigo fervoroso es por la raza y amigo dilecto si coincide con nosotros en la aspiración a una común altura. De los norteamericanos diré casi igual, con más restricciones, porque la sangre nos separa de ellos y su



HISPANISMO E IBEROAMERICANISMO

pujante emporio al lado de nosotros es inmenso peligro para nuestras virtudes”.

¡Vaya si veía a cincuenta años de su minuto, cuando aun americanos tan ilustres como Sarmiento andaban ciegos y no percibían sino una sola cara del destino!”¹¹⁶

Ahora bien, de toda esta inquietud americana, ¿qué penetraba dentro del recinto de la intelectualidad mexicana? Mucho más de lo que puede creerse. Por lo menos Rubén Darío y Martí, tenían en México carta de ciudadanía. Martí había escrito en nuestro país algunas de sus mejores páginas. Y Darío, admirado por Sierra, había recibido de su admirador “*una suprema lección de moral cívica*”, como lo hubiera podido decir el propio don Justo.

Pereyra y Vasconcelos iban a ser de tal suerte receptores y cosechadores de una elaboración mental semisecular.

¹¹⁶ Mauricio Magdaleno, Fulgor de Martí, págs. 173 y 174.